

Ensayo

Magia y virtudes del agua natural

José M^a Rodríguez Tejerina.

Luego de conocer el sabor de varios vinos y licores vuelven a experimentar muchos precavidos mortales una irrepetible nostalgia por el agua natural: el agua dulce, hermana del sol, principio de todas las cosas, según Tales de Mileto; que surgió del Caos de Hesiodo, del vacío absoluto donde nacieran la Tierra, Eros, las Tinieblas, la Noche. En el agua fuimos engendrados los humanos, al decir de Homero y los científicos rusos.

Agua embotellada

En nuestros días el agua natural embotellada sustituye con creciente frecuencia a las bebidas alcohólicas en la mesa de comilonos cuidadosos de su salud, de jóvenes adictos a la novedosa cultura del agua. De petulantes *yuppies*.

Han surgido en Nueva York, París, Barcelona, Madrid, restaurantes que ofrecen cartas con numerosas clases de aguas envasadas. En París, en el *fashion* local *Colette*, se brindan setenta clases de aguas envasadas. En Barcelona existe un restaurante con cartas de seis y siete aguas en botella. Y, en Madrid, en otros establecimientos, se ofrecen siete y nueve aguas distintas. El cine se ha hecho eco de esta fiebre del agua. El protagonista de la película *El juego de Hollywood* Tim Robbins, pide continuamente marcas de aguas muy raras en la barra de los bares que frecuenta.

El agua, aconsejaba allá por el siglo XVII el doctor Juan Sorapán de Rieros en su

célebre tratado, *Medicina Española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, debe ser, sobretodo, "sin color, sin sabor y hala de ver el sol". Requisitos que cumplen muchas aguas embotelladas actuales, como por ejemplo las francesas de Perrier y Evian, la norteamericana English Mountain de Tennessee, la rumana Harghita Naturality, y las españolas de Lanjarón, Bezoya, Cabreiroa, Mondariz, Font d'Or, Solán de Cabras, Liviana, Vichy Catalán, Font Vella, Malavella. Y las de varias fuentes de Mallorca: Binifaldó, Font del Teix, Bastida, Font Major, Font Sorda, Sa Taconera, Ca l'Abat, la Font des Uets.

En tiempos de los romanos fue muy famosa Sa Font Santa, en Campos; en sus aguas, salobres y templadas, danzaban complacientes ninfas.

Las náyades.

Las ninfas, asegura Homero, son hijas de Zeus. Aunque otros autores las consideran hijas de Océano, el gran río que circunda la Tierra, que es, según la creencia helénica, un enorme disco plano.

Existirían numerosas suertes de ninfas que habitan en muy diversos lugares; en las montañas, los campos, el mar, las florestas, los árboles. A las que viven en los manantiales, ríos y lagos se las denomina, *náyades*. Son mujeres hermosas y jóvenes; personifican las fuerzas de la Naturaleza; la reproducción, la fecundidad, Aman la música, la danza y tienen facultades proféticas y sanadoras.

En las orillas del río Leteo, en los Campos Elíseos, endulzan con sus cantos el dolor de los mortales. En la Fuente de Leteo, la fuente del olvido, el sueño, la muerte, beben siempre en su angustioso peregrinar ultraterreno, las atormentadas almas de los muertos; para olvidarse de su vida anterior.

Una *náyade* que residía en las fuentes de los Álamos, en la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer, *Los ojos verdes*, fue la que cautivó con sus encantos a Fernando de Argensola, el primogénito del marqués de

Almenar, lo atrajo junto a ella con el fulgor de sus ojos maravillosamente verdes. Le abrazó, le besó; le hundió eternamente en las misteriosas aguas mitológicas.

Las *náyades* tienen, en España, distintos nombres, según la región en que radiquen sus míticos habitáculos, los manantiales. En Galicia suele llamárselas, *mouras*, *xanas*, *vellas*, *princesas*, *señoras*. Aloges, en los Pirineos.

En Mallorca se las denomina *dones d'aigua*. Existió, en tiempos remotos, *Na Maria Enganxa*, mujer que habitaba en lo más profundo de pozos y cisternas. Y que cuando alguien se asomaba al brocal, lo atrapaba con un gancho y lo arrastraba al fondo de sus tinieblas acuáticas, y lo retenía allí para siempre.

Las *dones d'aigua* eran, asimismo, hembras muy hermosas y muy ricas; a veces se enamoraban de los transeúntes noctámbulos que deambulaban cerca de las fuentes y se casaban con ellos, con poco éxito.

Testimonios literarios.

Don Ramón María del Valle-Inclán en un pasaje de su obra *Jardín Umbrío*, describe, "el verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas, donde se reúnen las brujas". Y, se refiere, largamente, a las fuentes galaicas en *Flor de Santidad*.

Otro escritor gallego, Camilo José Cela, en *Mazurca para dos muertos*, constata que, en el cementerio de un pueblo de Galicia, "brota un manantial de agua clara que lava los huesos de los muertos, le llaman la fuente de Miangueiro y en ella se mojan las carnes de los leprosos para encontrar alivio". (¡Que contraste con el paisaje seco de la Alcarria! "Una fuente en la plaza y una olma vieja").

Y también "las ánimas del purgatorio beben en la fuente de Miangueiro". "Y, cuando se aburren, vagan con la Santa Compañía por la orilla del río". En la misma fuente, de aguas milagrosas, se "borra la alfolesía (vahídos, patatús), sin tener que quemar la ropa a pedazos, es mejor que el agua bendita".

Pero el agua de la fuente de Miangueiro no es potable, no se puede beber, "no la beben ni los pájaros". "Tiene veneno pero no pudre la carne sino el espíritu, quien bebe de la fuente de Miangueiro loquea y, a lo mejor, hasta mata gente".

Cela debe el seguir viviendo en este mundo a que a las cuarenta y ocho horas de nacer en Iria-Flavia le hicieron beber el *agua de socorro*.

Rafael Aberti, todavía en el exilio argentino, soñó un día que retornaba a España, a Cádiz; al Puerto de Santa María. Y evocó, nostálgicamente, la fuente del patio de su casa natal:

*Entré en un patio en que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente
la fuente siempre sonaba,
y el agua que no corría
volvió para darme agua.*

Otros usos y agüeros

Más, no siempre el agua dulce tiene benévolas cualidades. No hay que olvidar el agua como método de tortura. El verdugo obligaba al encadenado reo, expuesto en decúbito supino, a ingerir grandes cantidades de agua. Luego, el sayón, saltaba sobre el vientre del acusado, para que expulsara el atormentador líquido.

Entre los agüeros relativos al agua, figuran los siguientes:

Beber agua llevando una luz encendida en la mano contraria.

Beber agua de pié (produce quebraduras).

Preguntar al río, de aguas corrientes, si un niño va a sanar. Se echa al río, en una cestita con una luz o lamparilla de aceite, la ropa del niño enfermo.

Si la luz sigue brillando mucho tiempo, el enfermito se cura. (1).

(1) A Pablo Neruda le gustaba remontar un río, el Papaloapán, hacia sus matrices, hacia la textura de sus originales ramajes de cristal: "ir, mojarme la frente, hundir en la secreta confusión del rocío, la piel, la sed, el sueño".

La polémica del agua.

Nuestro inquieto siglo XVIII fue, no solamente el siglo de los balnearios, del uso de las aguas minerales para el tratamiento de muy diversas dolencias. Fue, asimismo, la centuria en la que se empleó de forma desmesurada, el agua natural para combatir diversas afecciones. Huyendo, tal vez, de la compleja y nociva farmacopea tradicional.

El padre Feijoo aseguraba que, el agua natural es “poderosísimo remedio” de algunas enfermedades. Y el adalid de la moderna Hidrología, don Pedro Gómez de Bedoya y Paredes, autor de dos volúmenes titulados, *Historia Universal de las fuentes minerales de España*, en los que censa casi un millar de ellas, escribe que, “el agua es el principal medicamento”. “Sóla y acompañada produce en nuestros cuerpos maravillosos efectos, liberándonos de muchas y peligrosas enfermedades”.

Numerosos médicos, por entonces, hicieron a su vez encendidos elogios del agua natural a la que consideraron una verdadera panacea.

En Madrid fue harto famosos el doctor Vicente Pérez, *el médico del agua*, quien llegó a publicar varios libros sobre los presuntos beneficios del agua natural: *El secreto a voces*, *El protector de la salud del hombre*.

En Málaga también por los años del dieciocho, hubo un significado *agüista*, el doctor Manuel Fernández Barea, quien en un folleto intitulado, “Juicio práctico sobre las virtudes medicinales del Agua”, expone LXX observaciones acerca de otros tantos casos clínicos.

Ordenaba a sus pacientes una dieta hídrica asociada a sangrías. Tres cuartillos de agua durante cuarenta y ocho horas. O, más aún, una alcarraza (jarra) cada dos horas durante seis días.

Curó así a un beneficiado de la ciudad de Ronda afecto de unas calenturas mesentéricas malignas, al que hizo ingerir una enorme redoma de agua destilada du-

rante toda una noche. Debajo de la cama del paciente se puso un lebrillo para recibir la abundante orina que destilaban los colchones.

A otro enfermo, una muchacha caquéctica, deshidratada en extremo, también la curó haciéndola beber, al principio, agua enfiada con nieve, luego ya sin nieve y, al final, templada sólamente.

Otro caso muy curioso fue el de un joven de temperamento colérico que había contraído unas “purgaciones de garabático” acompañadas de fiebres muy altas. Le proporcionaron tres cuartillos de agua serena varias veces al día, durante tres. Comenzó a sudar y quedó sin calenturas y sin purgaciones.

El discreto doctor Marañón.

La creencia exagerada en las virtudes curativas del agua dulce, fue pronto recusada. Ya en 1717 escribió Francisco de Navarrete un texto muy crítico, *Nerea*. (2)

Mas, tras la pintoresca disputa se encubría un rasgo terapéutico indudable: el afán de abandonar los arcaicos medicamentos, inútiles y peligrosos. El deseo de retornar al empleo de los productos sanadores que ofrece la Naturaleza: el agua natural y también las aguas de las fuentes minerales, entre ellos.

Sorapán de Rieros, en contrapartida a su devoción por el uso del agua dulce, manifiesta su aversión al vino. Bebida alcohólica a la que achaca multitud de males. Concluye en el refrán XXXIII: “Quien es amigo del vino, enemigo es de sí mismo”.

Surge otra polémica. ¿Es malo el vino? ¿Hasta cuanto se puede beber vino sin peligro?

Los psiquiatras alemanes, de la escuela de Bleuler, exageran los peligros que con-

(2) Y el escritor francés Lesage publicó la novela *Gil Blas de Santillana*, en la que se describía al doctor Sangredo, quien pretendía curar, sin el menor resultado, a todos sus pacientes, haciéndoles ingerir grandes cantidades de agua templada y practicándoles a la vez, letales sangrías.

lleva el uso, aún pequeño, de alcohol. Los médicos e higienistas meridionales, en cambio, con el alegre doctor francés Besançon a la cabeza, únicamente estiman dañinas las dosis de vino que originan embriaguez.

Es muy discreto doctor Marañón confiesa que, no abomina del vino que es, “una de las gracias de Dios”. Y, que, pontificaba Séneca, “lava nuestras inquietudes, enjuga el alma hasta su fondo y, entre otras virtudes, asegura el alivio de la tristeza”. “Una copa de vino en cada comida, quizás un poco más, no sólo no hace daño a nadie, si no que es, con pocas excepciones, de mucha utilidad”. Asegura don Gregorio. Incluso llega a dudar, en otro ensayo, que el alcoholismo sea la única causa de la cirrosis hepática, la polineuritis, la gota...

Cervantes, generoso ante la vida, era, al igual que Shakespeare, un bebedor más que moderado. Humorista y comprensivo.

Emborracharse es una estupidez, cara y ridícula. El alcoholismo, una vituperable adicción. Pero beber vino y licores, prudentemente, nos ayuda a combatir el tedio vital.

Mas, volvamos a ocuparnos del agua natural, tan enraizada a los albores de nuestra existencia. En la que nacimos y de la que dependemos siempre.

El agua purificadora

No solo el agua dulce bebida puede tener salutíferas virtudes. También el agua natural posee beneficiosas cualidades, espirituales e higiénicas, cuando se utiliza externamente.

Habla san Pablo del agua del bautismo, en una Carta a los Romanos: “Por el bautismo el cristiano une sus destinos al de Cristo; muerte al pecado y vida eterna en Dios”.

El bautismo, en sus principios, era un baño litúrgico, simbólico, por inmersión, en “probática piscina”, que suponía una consagración a Aquel en cuyo nombre se recibía. Implicaba un rompimiento con el pecado. Todavía hoy, amen de por el bautismo

inicial, limpiamos nuestros pecados, al menos los veniales, tomando con los dedos de nuestras pecadoras manos las aguas bendecidas que se ofrecen en las pilas bautismales de las iglesias.

En Palma de Mallorca existen unos supuestos baños árabes. Que, tal vez, fueran judíos. Los judíos prohíben copular durante doce días después del inicio de la menstruación a la mujer. Luego, tras siete días de finalizar la regla, las mujeres debían purificarse, haciendo una inmersión en el pozo ritual, *mkva*. Un aljibe construido al lado del manantial. Alrededor del pozo había unas estancias para desvestirse. Por los agujeros del techo llegaban las palabras, consoladoras, del rabí. Las judías se bañaban desnudas. Se sumergían por completo en el misterio oscuro del agua, elemento consustancial de la religión hebraica, que permite penetrar en el mundo del Más Allá, en el que se conocen, y perdonan, los pecados. Mientras se bañaban las hebreas musitaban largas oraciones o cantaban estrofas del antiquísimo y conmovedor *canto del pozo*. Debían meter por entero sus cabezas debajo del agua, mojar hasta las últimas raíces su cabellera. Pues en el cabello se esconden todos los vicios humanos. De ahí que a las monjas novicias de nuestra religión se las tonsure, para inducirlas a la renuncia del mundo del pecado.

La inmersión de las mujeres judías era un rito religioso, mas, asimismo, una práctica higiénica, que limpiaba su piel y la hacía bienoliente, en contraste con la de las mujeres cristianas, que desdeñaban lavar su cuerpo y disimulaban su suciedad con sofisticados aceites.

Cabe hablar, a su vez, de la “cultura del agua” de los pueblos islámicos. Muy patente en sus huertos, regadíos, jardines, y que culmina en Granada, en la filigrana lírica de la Alambra, con sus múltiples fuentes; el patio de los Arrayanes, el de los Leones, y el Generalife.

Toda Granada es “agua oculta que llora”, como dijo Manuel Machado.

Las aguas de Madrid

Recuerdo que, en mis tiempos de niño, en Madrid, cuando toda la familia se mudaba de piso, lo que ocurría con demasiada frecuencia, lo primero que exigían mis padres era que la casa tuviera *agua de Lozoya*. Agua que gozaba de gran predicamento. Se aseguraba que era pura, clara y tenía sabor a Sierra de Guadarrama; a retama, montes azules, nieves remotas. El agua de Santillana, en cambio, que abastecía a otras casas más modestas, era gorda, de peor calidad.

Por aquellos lejanos años aún ofrecían agua los aguadores por las calles de la capital de España. Sobre todo a las puertas de la antigua Plaza de Toros de la carretera de Aragón, al final de la calle Goya, en la que habían toreado Joselito y Belmonte y el toro Pocopena mató a Manuel Granero. Voceaban: "Agua fresquita de la Fuente del Berro". "¡Agua, quien quiere agua!" "¡Agua y azucarillos!" Alfareros de Andújar, con sus borriquillos, vendían botijos. Los botijos podían contener poca agua, pero la conservaban fría; más, si eran botijas nuevas: Ya lo dice el refrán castellano:

"Botija nueva hace agua fresca".

Nunca llegué a ver, por entonces, la Fuente del Berro. Ni supe siquiera por dónde estaba. Me la imaginaba como una vetusta fuente de piedra, en el centro de una plazuela, sombreada por cuatro acacias en flor, o por un viejo nogal; o como una inesperada alfaguara. (3)

Esta poética visión era, sin duda alguna, falsa. Hoy sé que la Fuente se conserva, todavía, en el Parque Quinta de la Fuente del Berro, sito muy cerca de las calles O'Donnell y doctor Esquerdo; en ésta última yo tuve un pisito algunos años. En el Parque hay un pequeño y evocador museo.

La Fuente del Berro tuvo, en épocas pasadas, la mejor agua de Madrid. Su aguador principal fue Pedro Collado, alias "Chamorro", fiel confidente y gran amigo, primero del Príncipe Fernando, y luego del Rey Fernando VII, cuando aquel fue coronado. "Chamorro" abastecía de las aguas de la Fuente del Berro a los nobles y más altos personajes de la Corte; les llevaba el agua en cántaros, a lomos de unos borricos. Incluso Carlos IV bebía siempre, de postre, después de cada comida, una gruesa miga de pan empapada en agua helada de la famosa Fuente. El Cardenal Infante se hacía mandar a Flandes grandes cántaros llenos de agua de la Fuente del Berro.

Los madrileños, escribe Davillier, son grandes bebedores de agua, pero, en su capital hay más fuentes ornamentales que proveedoras de agua potable.

La mayoría de estas fuentes decorativas son de estilo neoclásico, académico; como la de Cibeles, realizada por Francisco Gutierrez, y la de Neptuno, obra de Juan Pascual de Mena. Y, otras, menos suntuosas, así las fuentes de la Puerta del Sol (la primitiva Mariblanca), la de la Red de San Luis, de la Fama, Puerta Cerrada, Once Caños, de la Alcachofa, del Cisne, de Ceres, de Apolo; la del Obelisco de las Cuatro Estaciones, en el paseo de la Castellana; las del Prado. (4)

La únicas náyades que hubo en Madrid fueron las lavanderas que enjabonaban sus humildes prendas en las esmirriadas aguas del río Manzanares. En los días calurosos se bañaban en el riachuelo descocadas mujeres. Y, en todo tiempo, las sufridas y modestas lavanderas, lograban, según la leyenda, el milagro de transformar la ropa sucia en blanca, al tiempo que las aguas del Manzanares, tras el rudo fregoteo, se tornaban, de repente, límpidas, transparentes.

(3) "Si, tu niñez ya fábula de fuentes", soñaba Jorge Guillén.

(4) Las fuentes del Prado, cantadas por Cervantes: "Adiós Madrid, adiós tu Prado y fuentes que manan néctar, llueven ambrosía".